

TURRO, VETERINARIO

JOSE SECULI BRILLAS

Por ser, hasta ahora, el único veterinario miembro numerario de esta Corporación, me ha correspondido el honor de participar, sin otro mérito, en esta sesión homenaje a la memoria de una gloria indiscutible de la ciencia catalana don RAMÓN TURRÓ DARDER.

Al meditar sobre la adecuada aportación que merece el cincuentenario de su muerte, he de confesarles, noble y sinceramente, que a pesar de mi entusiasta deseo de colaborar, no existen posibilidades, entre mis modestos recursos para ayudar a un mejor conocimiento o una más perfecta interpretación, de algún aspecto de su genial personalidad o de su extraordinaria obra.

Son muy varios, amplios y de mérito indiscutible los trabajos publicados sobre TURRÓ y su obra y por ello, como compañero de profesión, he estimado, modestamente, que *tal vez* podría ser de interés analizar algunos hechos históricos o mejor alguna decisión de su vida, la cual ha sido aceptada sin haberse pro-

fundizado en las causas de su determinación, más allá de la *causa primera, determinante*.

TURRÓ aceptó el determinismo, pero se lanzó por su cuenta a investigar los conceptos donde se fundamentan los hechos. Y quisiéramos, nosotros también, no contentarnos en *cómo* se hizo TURRÓ veterinario, sino profundizar en el posible *por qué*.

Me he preguntado muchas veces por qué TURRÓ, profundo, firme, luchador, ansioso de universalidad, lleno de fe en sí mismo, como le define Pedro Domingo, que ansiaba buscar y conocer la verdad, a la que amaba y razonaba, que sentía un gran respeto a la propia dignidad, con una recia y desbordante personalidad reconocida en el mundo médico de Madrid y Barcelona, con publicaciones científicas difundidas por Europa despertando la admiración de propios y extraños, decidió a sus 37 años hacerse veterinario.

Es bien sabido que TURRÓ, a sus veinte años escasos (1874), deja de

estudiar Medicina y se traslada a Madrid, donde después de sentirse inicialmente poeta, su avidez por las verdades basadas en la investigación experimental, le impulsa a estudiar cuantos trabajos sobre fisiología, bacteriología e inmunología se publican en Francia y Alemania.

Y en Madrid, TURRÓ, publica una serie extraordinaria y sorprendente de artículos sobre el vacuo concepto de la fórmula de la vida de Leta-mendi (1879-1883), los mecanismos funcionales del cerebro (1882-1883) y, en especial, sobre la circulación de la sangre (1880-1883), los cuales dieron la vuelta al mundo científico europeo y merecieron la felicitación de un gran creador de la fisiología experimental.

La destacada personalidad que había alcanzado TURRÓ con sus trabajos hizo que prestigiosos médicos catalanes le llamasen para que regresase a Barcelona y le ofrecieran un puesto de trabajo en la Facultad de Medicina. Y por fin, en 1884, diez años después de su marcha, TURRÓ regresaba a Barcelona, donde pronto surgen las presiones para que termine sus estudios de Medicina.

TURRÓ, en Madrid, había profundizado en los trabajos de Pasteur sobre bacteriología e inmunología. No hay duda, para cuantos conocen la vida de TURRÓ, que las experiencias de Pasteur causaron profunda huella en su inquieta y extraordinaria inteligencia.

En su interior, la serie de ideas vacuas, inmaduras, más bien espe-

culaciones, con las que habían intentado formarlo, contrastaban con los trabajos de Pasteur, en los animales, para descubrir métodos, para obtener vacunas contra el cólera de las gallinas, el carbunco de las ovejas, el mal rojo del cerdo, la rabia del lobo y del perro.

Domingo, en su biografía antológica de TURRÓ (pág. 63), lo describe en Madrid siguiendo el curso de los trabajos de Pasteur: «Para TURRÓ fue motivo de profunda alegría saber que la experiencia de Pasteur había dispuesto en una pequeña población cercana a Melun para demostrar la prevención del carbunco, había tenido pleno éxito y que la simple inyección de una vacuna podía prevenir contra la infección, asegurando así una riqueza, la industria pecuaria francesa, antes siempre en precario».

Con estas palabras del doctor Domingo, es lógico deducir que TURRÓ conocía la larga lucha de Pasteur y la ayuda de Joubert, el profesor de la Escuela de Veterinaria de Alfort que firmó con él la primera comunicación (1877), presentada a la Academia de Ciencias; la defensa que realizó otro veterinario, Bouley, presidente de la Academia de Medicina, al presentar su comunicación sobre la vacuna del carbunco y que fue el veterinario de Melun, Rossignol, quien logró que la Sociedad de Ganaderos promocionase la experiencia de la vacunación de los corderos ante una multitud expectante, haciendo famosa, para siempre, la

Granja de Pouly le Fort, en mayo de 1881.

Cuando TURRÓ regresa a Barcelona, con los treinta años cumplidos, la huella de Pasteur se aprecia en la serie de artículos (1885) «Bechamp y Pasteur» sobre doctrina inmunitaria y, principalmente, en su propósito de autoformarse en bacteriología, con su tío materno, veterinario, don Antonio Darder Llimona, director de la Colección Zoológica del Parque, con quien instala un Laboratorio de análisis clínicos en un pequeño piso alquilado de la calle Lancáster, donde vivió y trabajó, incluso antes de que Pi Sunyer lograra crear, en un desván, el laboratorio anexo a la Cátedra de Patología, de la que fue después ayudante de clases prácticas.

Y llega 1887, decisivo en la vida de TURRÓ. Es nombrado auxiliar en el Laboratorio Municipal de Microbiología que instala el Ayuntamiento de Barcelona, ante la propuesta de don Jaime Ferrán «de que se crease un Instituto de Vacunación contra la rabia que padecía la comarca de Barcelona y en donde prepararía la vacuna que había descubierto Pasteur».

Y durante tres años, precursores de su decisión profesional, TURRÓ al lado de Ferrán, vive el descubrimiento del microbio de la rabia (simple germen de contaminación); los nuevos métodos de preparar vacuna anticolérica, antivariólica, antidiftérica; la vacuna contra la fiebre amarilla, no se sabe con qué y

el nuevo método suprainensivo de vacunación contra la rabia que «mejoraba la del propio Pasteur». Y TURRÓ, en 1888, comienza a horrorizarse de lo que allí ve (Domingo).

Mientras, sus amigos le insisten para que termine su carrera; Robert y Mascaró planean una organización adecuada de la Sanidad Municipal y logran, por fin, que se matricule para, en 1890, examinarse de Patología Quirúrgica y alcanzar la calificación de Excelente, ante su amigo Giné y Partagás.

Pero TURRÓ no llegó a examinarse de Patología Médica, la asignatura del doctor Bartolomé Robert, su amigo y admirador. Al parecer por falta de confianza en sí mismo, por no atreverse a presentarse ante el doctor Robert, por su preocupación ante lo que podría pasar en el examen. Todas son razones de poco peso. Algo grave, decisivo, importante, debía pesar en el ánimo de TURRÓ, que no consta concretamente, pero que le hizo enfrentarse a los consejos de sus amigos y abandonar para siempre la posibilidad de llegar a ser médico.

Si examinamos las circunstancias que le rodeaban en aquella época, en 1890 y en el Laboratorio Municipal, TURRÓ estaba viviendo unos años saturados de horas difíciles, de apasionadas luchas, como dice Domingo, ante las irregularidades de orden científico que veía, entre ellas los espantosos flemones que la vacuna antirrábica de Ferrán provocaba unas veces y, otras, los gra-

ves accidentes, mortales incluso, que le seguían.

TURRÓ, con Cajal, estaban convencidos de que se hacían ensayos experimentales en las propias personas, sin base científica, sin haber apurado el reconocimiento de su inocuidad. Y este convencimiento se basaba en que algunos de aquellos accidentes clínicos, eran similares al cuadro de rabia paralítica o de laboratorio, desconocido en la especie humana, pero que veían manifestarse en los perros y que cabía atribuir al método suprainensivo que se empleaba.

Hasta que finalmente se logró, con el personal técnico del Laboratorio, que se estudiase caso por caso lo que ocurría con los tratamientos vacunales, llegando a reunir 16 casos de rabia paralítica en personas.

La lucha titánica que TURRÓ, simple auxiliar, mantenía frente al médico director del Laboratorio, revestido de aureola científica, incluso considerado por algunos como un sabio, tuvo que influir, sin duda, en sus decisiones. Del carácter e intensidad de aquella lucha, el propio TURRÓ escribió años después: «De los cinco que protestaron viven todavía cuatro; el pobre Miguel Lluch, un hombre noble y honradísimo, enfermó con esas tragedias y murió más tarde de resultas de tantos sinsabores».

Aquella situación tensa, persistente, que fue capaz de agotar, de enfermar a un compañero, bien pudo llevar a TURRÓ a prescindir de sus

propósitos de examinarse, ya de sí poco arraigados en su ánimo, y a alejarlo definitivamente de la Facultad.

La comisión de Gobernación del Ayuntamiento ante las quejas, rumores y graves denuncias que circulaban, abrió expediente y prohibió seguir empleando el método suprainensivo, redujo el sueldo de Ferrán y tomó otras medidas contra el personal del Laboratorio. Y como la actuación de TURRÓ fue presentada como la de un subalterno indisciplinado tuvo que salir del Laboratorio Municipal.

Y entonces, humillado, vencido, TURRÓ, un maestro en bacteriología, un extraordinario fisiólogo de prestigio internacional y a quien no le había preocupado demasiado la posesión de un título profesional, se convence de que difícilmente podrá llegar a situaciones de responsabilidad, de dirección, sin un título oficial.

Y TURRÓ recordaría como al lado de Pasteur cooperaron numerosos veterinarios desde un principio y así los nombres de Chauveau, Toussein, Joubert, Rossignol, Delafont, Bouley, Nocard... a quienes en honor a la historia, hay que concederles el reconocimiento de la primacía de haber creído en las grandes verdades que evidenciaban las pruebas de Pasteur, volverían a su mente y presionarían sus razonamientos.

TURRÓ conocía que el descubrimiento de los microbios había cambiado el concepto etiológico de las

graves epizootias que asolaban a la ganadería y que la nueva profilaxis basada en los métodos de inmunización preventiva, iniciada por Pasteur y defendida por los veterinarios, estaba difundiéndose en España por los compañeros navarros (Arzoz) y gerundenses (Arderius, en Figueras, y Verdaguer, en Gerona).

Su tío Darder le presionaba y en su interior las luchas con Ferrán le atormentaban. Y se decidió por la Veterinaria, ciencia biológica, pura biología animal. No creemos fuera una decisión súbita, sino más bien meditada en el curso de aquellos últimos tiempos. Y como Darder era amigo personal del director de la Escuela de Veterinaria de Santiago de Compostela, allí fue a examinarse como alumno libre (1891), en dos convocatorias, de todas y cada una de las asignaturas de la carrera.

Y con el Título de Veterinario, TURRÓ logró su gran satisfacción de reintegrarse en el Laboratorio Municipal y llegar (1906) a ser director durante largos años (1925), coincidentes con el mayor esplendor de dicha institución. Y si científicamente realizó una obra completa en el campo de la bacteriología, en el terreno veterinario su inquietud, su constante preocupación, la continuidad ideológica de sus intervenciones y de su actuación, revelan la existencia en TURRÓ de una convicción firmísima, como afirmaron quienes le conocieron y compartieron con él las vicisitudes profesionales de los primeros lustros de 1900.

La decisión de TURRÓ, debe considerarse como meditada y plenamente consciente por cuanto su reconocimiento, aprecio y consideración a la veterinaria fue siempre una constante en su vida, que no olvidó jamás y en pocos años demostró de qué manera tan honda penetró en él la inquietud profesional de aquellos tiempos.

Fue poco después (1893), cuando sus conocimientos en veterinaria y su dominio de la bacteriología se evidenciaron en un hecho sucedido en Mallorca y que por no haber sido citado en ninguna de las biografías o trabajos sobre TURRÓ, merece nos refiramos a él.

La ganadería porcina de Mallorca venía siendo diezmada por la mortalidad que causaba una grave enfermedad. Los ganaderos acudieron a Ferrán para que preparase una vacuna contra la enfermedad, que según las referencias e informaciones de los ganaderos era el mal rojo. Ferrán preparó su vacuna, consiguiendo bajo los auspicios de la Diputación de Baleares, que se llevase a cabo una amplia campaña de vacunación. La experiencia resultó un fracaso mayúsculo.

Mientras, un joven veterinario, Julián Mut, acudió a TURRÓ, quien de acuerdo con su habitual norma de rigurosidad científica quiso primero hacer un diagnóstico de la enfermedad, se preocupó de realizar autopsias, de analizar productos patológicos y demostró que la epizoo-

tia que mataba el ganado porcino mallorquín no era el mal rojo, sino la neumoenteritis, nombre como se llamaba entonces a la peste porcina.

No sería de extrañar que TURRÓ, quien como hombre de ciencia leía, estudiaba y estaba informado, conociese los trabajos (1885-1886) de Salmon y otros veterinarios, señalando las diferencias entre neumoenteritis infecciosa y el mal rojo y la pasteurelisis, con las que hasta entonces se venían confundiendo.

Al quedar en entredicho los intereses económicos de la Diputación y de los ganaderos, la experiencia motivó múltiples discusiones en las que TURRÓ y los veterinarios defendieron las verdaderas normas de la investigación científica, quedó patente la ignorancia de Ferrán en patología veterinaria y se demostró, ya en 1893, como las vacunas, para ser útiles, requieren un previo diagnóstico de la enfermedad a prevenir.

TURRÓ tenía un amplio concepto de la veterinaria y un perfecto y preciso conocimiento de sus problemas y de las adecuadas soluciones. Basta para convencerse de ello, leer dos de sus magníficos discursos en los que vibra, con plena emoción, su entusiasmo hacia la profesión a la que pertenecía y quería. Son los que pronunció el día 4 de enero de 1905, con motivo de su toma de posesión como primer presidente del Colegio de Veterinarios de Barcelona —cargo que ostentó durante 10 años, ganando 3 veces la reelección— y el de la inauguración de la IV Asam-

blea Nacional de Veterinaria celebrada en Barcelona, en octubre de 1917, el mismo día que su tío Antonio Darder Llimona, presidente del Colegio, fallecía. Discurso que ree leído estos días, casi sesenta años después, todavía emociona, entusiasma, admira y sorprende.

La más vigorosa personalidad de la veterinaria española don Félix Gordón Ordás, ha dicho de TURRÓ «que era acaso el único de su generación que se había dado exacta cuenta de lo que puede y debe ser nuestra profesión en España». «Jamás negó TURRÓ su título ni se avergonzó de llevarlo y si corrientemente se le llamaba doctor, por consenso unánime de la opinión pública, él no se lo llamó nunca». «Sin hipérbole ninguna puede afirmarse que TURRÓ solo hizo más bacteriólogos veterinarios que entre todas las Escuelas de Veterinaria juntas», y el prestigio que alcanzó la Veterinaria Catalana, en la que sorprendía el elevado número de compañeros que utilizaban el microscopio para el diagnóstico bacteriológico en su clínica y en el matadero, se debió exclusivamente a la enseñanza maestra de TURRÓ, quien en sus famosos cursos prácticos y en el propio Laboratorio Municipal acogió siempre con gran predilección a los veterinarios.

No quisiera extenderme demasiado. Creo que ha quedado debidamente expuesto y comentado uno de los momentos más críticos de la vida de TURRÓ.

Como dijo muy bien Félix Gordón,

TURRÓ no sólo por su valía científica, su amplia y fértil labor de enseñanza y formación, sino porque su obra veterinaria fué verdaderamente enorme, admirable, en el aspecto profesional, en el doctrinal e incluso en el de las ilusiones y las esperan-

zas, merece por parte de todos sus compañeros, una profunda, sincera y entusiasta admiración, ya que su fecunda mentalidad supo enseñar el camino que debemos seguir para alcanzar el triunfo de nuestros ideales.